



## IV Sección: Política y Geopolítica

### Trazos geopolíticos para la decolonización de las territorialidades latinoamericanas<sup>1</sup>

César Pérez Jiménez  
Universidad del Zulia  
Maracaibo, Venezuela

[cesar.augusto.perez.jimenez@gmail.com](mailto:cesar.augusto.perez.jimenez@gmail.com)  
<https://orcid.org/0000-0002-4117-8142>

Recibido: 02 de noviembre de 2022  
Aceptado: 06 de febrero de 2022

**Resumen:** La formación de la geopolítica se ha erigido desde la visión conquistadora de territorios, subjetividades y recursos naturales, develando las hegemonías de la dominación. En estos trazos geopolíticos mundiales, históricamente Latinoamérica y sus territorios, sus recursos y sus pueblos han representado una territorialidad objeto de explotación y exclusión. Es el propósito de este análisis cartográfico conceptual, razonar sobre la constitución e institución de la colonialidad de la territorialidad como parte de la agenda geopolítica hegemónica, y cómo se orienta a develar los retos y desafíos surgidos desde las coyunturas que envuelven la región, a propósito de contrarrestar la determinación imperialista que recae sobre esos territorios en disputa, considerando la resistencia de los pueblos que han sido participes de los diálogos interculturales surgidos como parte de una educación y crítica de la cultura orientada a la decolonización de las territorialidades, particularmente en estos tiempos que transcurren hacia una nueva normalidad.

**Palabras clave:** Geopolítica; decolonialidad; territorio; territorialidad; Latinoamérica.

### Geopolitical Trails for the Decolonization of Latina American Territorialities

**Abstract:** The formation of geopolitics has emerged from the conquering vision of territories, subjectivities and natural resources, revealing the hegemonies of domination. In these world geopolitical traits, historically Latin America and its territories, its resources and its peoples have represented a territoriality object of exploitation and exclusion. It is the purpose of this conceptual cartographic analysis, to reason about the constitution and institution of the coloniality of territoriality as part of the hegemonic geopolitical agenda, and how it is oriented to reveal the challenges and challenges arising from the conjunctures that surround the region, on purpose to counteract the imperialist determination that falls on those disputed territories, considering the resistance of the peoples who have participated in the intercultural dialogues that emerged as part of an education and criticism of culture aimed at the decolonization of territorialities, particularly in these times that are moving towards a new normal.

**Keywords:** Geopolitics; decoloniality; territory; territoriality; Latin America.



## 1. LA TERRITORIALIDAD COMO PROBLEMATIZACIÓN

Las reflexiones académicas sobre el territorio y la territorialidad se han convertido en objeto de análisis de las ciencias sociales y humanas, a propósito de los efectos generados por la concientización de los pueblos frente a las coyunturas desencadenadas por las maniobras dinámicas de la globalización sobre los países del Sur global. Históricamente, la repartición de los territorios conquistados implicó la jerarquía de las hegemonías de las naciones mediante el tutelaje impuesto sobre los territorios considerados menos favorecidos. Así se nota en un seriado de tratados, pactos y alianzas, cuya direccionalidad fue la organización territorial del mundo dividiéndolo en partes proporcionales según las capacidades económicas y financieras necesarias para la consolidación de un sistema mundial organizado democráticamente, así como para el fortalecimiento del progreso y la modernización concretado a través de la imposición de un esquema para el control social interno de esas naciones tuteladas.

El foco medular de las acciones hegemónicas dirigidas a concretar el orden mundial moderno-colonial y dibujar los límites físicos y simbólicos del sistema-mundo se centra en el territorio y las territorialidades, además enfatiza sobre esa forma objetiva de concebir el mundo, la realidad y las relaciones sociales de producción localizadas en un espacio específico que define las prácticas de significación cultural de sus pobladores. Sin embargo, esta problematización conlleva una serie de implicaciones económico-políticas relacionadas con la conceptualización del orden mundial hegemónico, en tanto actúa como determinante de los procesos políticos de las naciones consideradas como subdesarrolladas y de la puesta en marcha de agendas suscritas por las élites del poder, protagonistas de ese orden mundial.

En este sentido, esta discusión intenta presentar un análisis cartográfico a partir de una interpretación de los trazos geopolíticos para la decolonización de las territorialidades latinoamericanas, ello a través de un esbozo de categorías y conceptos histórico-epistemológicos definidos desde la lógica hegemónica inscrita en las relaciones de poder en el contexto geopolítico. La cartografía en sí misma



es un proceso analítico que evidencia las relaciones entre diferentes categorías contenidas en una problematización, que en nuestro ejercicio se remite a la interpretación de las territorialidades latinoamericanas en el contexto geopolítico de la dominación.

Metodológicamente se busca el ordenamiento de conceptos que permiten abrir un espacio para un análisis y sus interpretaciones proveniente desde diferentes miradas histórico-epistemológicas, con lo cual se aspira superar la centralidad geográfica que ha prevalecido en el estudio del territorio y la territorialidad. La intención analítica está orientada a buscar, también, orientar un camino de indagaciones sobre la colonialidad de la territorialidad dirigido a vincularse con la formación de las subjetividades hechas pueblos sintientes y conscientes de sus realidades cotidianas y cómo están emparentadas con la formación de la racionalidad operacional reflejada en la materialización de la pobreza y la exclusión de ese sistema mundial, presuntamente democrático y progresista.

## 2. TRAZOS GEOPOLÍTICOS

La geopolítica representa un campo de interdisciplinariedad de conocimientos para entender la configuración política del territorio y las relaciones de poder emplazadas dentro y fuera de sus límites. Según la trayectoria histórica del campo de la geopolítica, el territorio constituye la materialización del Estado, tiene propiedades orgánicas propias y determina las disputas por el poder en el contexto de las relaciones políticas entre las naciones. La concepción de la geopolítica a partir del territorio, fundamentalmente europea e iniciada a finales del siglo XIX, guarda cierta vinculación con la fenomenología monroista estadounidense en lo que respecta al carácter expansionista y protector que los países dominantes imponen sobre territorios, supuestamente, menos favorecidos (v. Boron, 2013, Martínez, 2015; Barcia Trelles, 1931).

Esta discusión está orientada hacia la crítica de la concepción hegemónica de la geopolítica, reflexionando sobre la lógica que determina las acciones



políticas generadas desde un territorio con respecto a su papel en la escala mundial, adherida a la racionalidad moderno-colonial instituida desde el sistema-mundo, por lo cual se considera el territorio como estructura de poder (cfr. Lacoste, 2009; Dallanegra, 2010). Los principios teóricos y metodológicos provenientes de esa visión geopolítica del mundo han invisibilizado el rol y las dinámicas políticas de la región latinoamericana en su actuación en las transformaciones del orden mundial, confiriéndole un rol utilitarista en la geoestrategia mundial. En la geopolítica actual, hegemónica y dominante, la región ocupa sencillamente el lugar de tierras entendido como “zona inmediata de protección militar del centro imperial” (Boron, 2013, p. 256), con una marcada tendencia a la des-territorialización como mecanismo mediador de las dominaciones del poder global financiero.

Pensar los trazos geopolíticos implica, en sí misma, una acción consciente colonial y colonizadora una vez que los fundamentos teóricos, metodológicos e ideológicos implícitos en la geopolítica están estrechamente vinculados con los dominios epistemológicos de la ciencia geográfica moderno-colonial, y acoplados a un esquema de expropiación y repartición de las tierras como objetivo de las gestas conquistadoras de los ‘imperios occidentales’. Esta racionalidad pervive en medio de la lucha de poderes traducida en el tutelaje económico y militar que unas naciones ejecutan contra otras, en nombre de la estabilidad democrática y pacífica de las naciones del mundo. En todo caso, los bocetos cartográficos proyectados sobre América Latina siempre tuvieron su origen en el pensamiento eurocéntrico y de cómo ese otro conquistador, por supuesto, interpretaba y distribuía el territorio encontrado de acuerdo a sus intereses expansionistas (cfr. Mignolo, 2007; Ardao, 1980).

Sobre la base de tales eventualizaciones se fue entretejiendo la continuidad de la alianza divina, según la cual el mundo se dividía en tres partes destinadas a la gobernabilidad de emperadores y monarcas; entonces, la existencia de un cuarto territorio ‘continental’ suponía adicionarlo como propio del pensamiento eurocéntrico, representó un territorio nuevo donde posar la inquisidora mirada



eurocristiana y constitutivo de la expresión de una categorización racial del continente inaugurada por la clasificación de los pueblos asentados en esos territorios asentada en criterios fundados en el cristianismo (O’Gorman, 1995; Mignolo, 2007; Dussel, 1994). Así fue que la América se adosó, forzosamente, a los principios reguladores de la vida eurocéntrica, a partir de una distribución geográfica creada desde el pensamiento europeo con lo cual lo originario se supuso como un elemento histórico y cultural, de manera que las lenguas, costumbres y modos de vida, en general, fueron invisibilizados ante la presencia de lo otro-europeo

En medio de tales procesos no tardaron en aparecer las luchas de los pueblos originarios contra la dominación europea, resistiendo en armas la imposición del juicio metropolitano sobre el uso de los suelos propios y de sus pobladores. Evidente es el afloramiento de una lucha por el poder sobre algo propio y ajeno a la vez, que obligaba a los más desfavorecidos a entregar sus vidas para asegurar el resguardo no sólo del territorio sino todo lo que en este había. Las Leyes de Indias, promulgadas a finales del siglo XVII por Carlos II, resultaron ser el documento magnánimo de la hegemonía colonial, pero también lo fueron los mapas y cartografías de científicos notables que definieron los trazos de la geopolítica colonial dominante a favor de los imperios; la recolección de muestras de especies naturales para crear las taxonomías científicas que dieran cuenta del origen y la naturaleza del ser americano; tributos estos que facultaron la legitimación del ordenamiento jurídico institucionalizado sobre los pobladores originarios, sus tierras y los recursos naturales que en estas habían (Zavala, 2005; Castro-Gómez, 2005; Brito Figueroa, 1973). Sobre todo, se determinó la conciencia criolla mediante prácticas regulatorias, principalmente religiosas, las cuales facilitaron la construcción de una identidad política en torno a los principios de la intelectualidad europea que encontraron lugar en los territorios nacionales, creados a favor del proyecto de estado-naciones eurocéntricos.

La organización geográfico-política del territorio nuestro-americano ha obedecido las leyes epistemológicas entronadas en la lógica interpuesta sobre la



existencia humana, relato que condujo los destinos de los pueblos y sus territorios hacia el desconocimiento, la invisibilidad y la inexistencia en la historia antes de la conquista eurocristiana (v. Mignolo, 2007; Dussel, 1994; Zavala, 2005). En su momento histórico, este proceso implicó una transposición de saberes, costumbres y prácticas modeladoras del nuevo 'ser-euro-americano' que debía poblar las vastas tierras encontradas, a la vez significó la edificación de extensiones de la racionalidad imperialista-capitalista europea que poblaron el imaginario originario con ideas sobre la realidad diferentes a las ya concebidas por estos pobladores para, así, fomentar entre estos que su ser como pueblo no formaba parte de la historia, incluso estaban desposeídos de su naturaleza de ser humanos. De esta manera, "enterrados bajo la historia europea del descubrimiento están las historias, las experiencias y los relatos conceptuales silenciados de los que quedaron fuera de la categoría de seres humanos, de actores históricos y de entes racionales" (Mignolo, ob. cit., p. 30).

Con la llegada de los europeos a tierras americanas, se abrió un espacio para un debate científico diferente y controversial centrado en la legitimidad de la humanidad de los pobladores de los territorios encontrados por estos sujetos. Fue así que la geografía tuvo que redimensionar sus estándares comprensivos e interpretativos del mundo conocido hasta finales del siglo XV, pero también la ciencia natural experimentó un tambaleo de sus estructuras ante la riqueza de la diversidad ecológica de las tierras americanas, incluso la proscripción legal de la guerra se asumía como un instrumento para la penetración religiosa y política eurocéntrica en el mundo recién conocido (Zavala, 2005). Para Silvio Zavala, el escenario conquistador se consagra como la base fundacional de una filosofía política centrada en los razonamientos acerca del trato de los pueblos originarios, las formas de gobierno a implantarse y el determinismo religioso definitorio de esos postulados políticos, lo cual desembocó en una doctrina que contemplaba los rasgos sobre lo humano recién conocido como un problema de conciencia, de legítima humanidad.



Esta forma del filosofar político ha sido bastión de la geopolítica moderno-colonial. En su fundamentación, la geopolítica consagra tributos epistemológicos y metodológicos para radicalizar una interpretación hegemónica de las relaciones políticas entre las naciones del mundo, proyectándose como una plataforma empírica para cartografiar las transiciones del imperialismo capitalista en sus diversas manifestaciones y contradicciones. Este carácter político le atribuye a la geopolítica licencia para que las élites financieras del capitalismo esbocen las asimetrías requeridas para el fortalecimiento de las dinámicas económicas en detrimento de los derechos de los pueblos latinoamericanos. Para Boron (2013), estas prácticas sobreviven debido a las proyecciones ideológicas contenidas en los mapas y cartografías históricamente planteadas, pues estos instrumentos servían de

[...]vehículo mediante el que una clase dominante proyecta su visión del mundo, graficando y promoviendo, en términos claros y sencillos, una cosmovisión que tiene que ver con localizaciones geográficas, tamaños, distancias, vecindades y lejanías, pero, particularmente, con el poder y la dominación en el plano internacional y la “clasificación” de los pueblos y naciones sometidas al poder imperial (p. 315).

### 3. COLONIALIDAD DEL TERRITORIO

Con toda claridad, los objetivos estratégicos de un imperio estriban en la propagación de sus potestades más allá de sus límites naturales como muestra de los alcances del ejercicio de su poder sobre otras naciones y sus pueblos, desprendidos de sus recursos naturales y sometidos a una práctica de subalternización permanente. Generadoras de mentalidades dependientes, las narrativas imperialistas surten efecto en la conciencia histórica de los pueblos, transitando por un proceso de alienación permanente donde no queda otra opción que desechar lo propio, saberes, costumbres, prácticas, sistemas de producción, modos de vida, y en su lugar colocar, mediante voto de obediencia, estructuras organizadoras de la vida ajenas y extrañas con respecto a las propias.



Visto de esta manera, el contexto luce desventajoso para optar por un giro liberador del territorio y de la propia conciencia histórica y social, concebida desde la sensibilidad originaria de ser parte de ese territorio. El recorrido histórico denota y connota la enunciación colonial del territorio y su configuración como problematización en la producción del pensamiento latinoamericano, localizado en la conciencia del colonizado y contextualizado mediante las narrativas hegemónicas de la dominación imperialista, desplegada a través de los tiempos en la vastedad geográfica mundial, hoy cristalizada en la constitución de gobiernos globales instalados en *city* financieras instituidas para consolidar el crecimiento económico en las nuevas geografías de la centralidad (Sassen, 2007). Estos elementos pueden encontrarse en la educación actual con toda claridad, tanto en sus bases teóricas como metodológicas; la educación en nuestra-América se ha circunscrito al seguimiento de pautas provenientes de otras latitudes adoptando las reglas del neoliberalismo pedagógico no sólo en la privatización de la educación, sino en la reproducción del imaginario de la competitividad como estructura fundamental de la conciencia ciudadana orientada a la inserción en el aparato económico que prevalece en los territorios dependientes.

Para Foucault (2006) el territorio se considera una estructura vinculadora entre las tecnologías de seguridad y control de la población, asociadas a la soberanía como ejercicio jurídico dentro de los límites del territorio. La operatividad de estas tecnologías se visibiliza en la formación de ciudades y de la economía, hasta encontrar expresividad en el liberalismo entroncado con la comprensión de la gubernamentalidad y la geopolítica. La dinámica de la gubernamentalidad supone un mecanismo primario en la escala de las relaciones de poder, emplaza al biopoder el cual permite la resignificación del sujeto, la población y sus necesidades en el marco de una práctica de jurisdicción dirigida desde la razón del Estado, específicamente, desde la formación de la lógica liberal.

De acuerdo con Foucault (2006, p. 149), “nunca se gobierna un Estado, nunca se gobierna un territorio, nunca se gobierna una estructura política. Los gobernados, con todo, son gente, hombres, individuos, colectividades”. La



colonialidad del territorio, en relación con la formación liberal e ilustrada de la gubernamentalidad, transversaliza la vida humana expresada en las formaciones sociales que definen a las personas individual y colectivamente en un espacio geográfico específico, la nación.

No obstante, la colonialidad del territorio no puede interpretarse de forma independiente de la matriz colonial del poder, primero debe considerarse el colonialismo del territorio en su dimensión jurídica donde se gobierna y controla un territorio desde otro, y se mediatiza por la explotación y dominación de una autoridad política, imperialista, que ejecuta funciones de control en cada territorio conquistado. Segundo, el colonialismo es productor de colonialidad, en tanto las eventualidades históricas son una demostración de las relaciones de poder implícitas en las luchas de clases; “la colonialidad es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista” (Quijano, 2007, p. 93), incardinado en los cuerpos individuales y colectivos y constitutivos de los Estados-naciones.

La noción de colonialidad proyecta la creación de zonas geográficas entendidas como “un conjunto de estados reunidos en un sistema interestatal de niveles jerárquicos” (Quijano y Wallerstein, 1992, p. 584), desde los cuales se produjeron y aún perduran, “las jerarquías sociales y culturales entre lo europeo y lo no europeo” (Idem.) manifestándose en todos los dominios de una nación. La colonialidad del territorio está amalgamada a la colonialidad del ser y del saber, opera desde la matriz de poder una vez que implica el condicionamiento del sujeto histórico, hecho pueblo, a seguir esquemas de subalternidad y dependencia; por lo cual,

Este escenario ha servido para orientar la reproducción y la justificación del ejercicio de las relaciones de poder concebidas y fortalecidas desde el hecho de la conquista y perfeccionadas a través del fortalecimiento de la racionalidad científica [dominante] destinada a establecer las prescripciones para el funcionamiento del orden mundial, para la legitimación liberal-ilustrada de la gubernamentalidad y, con ello, de la universalización hegemónica



de prácticas ideológicas y económico-políticas normativas, normalizadoras y totalizantes (Pérez Jiménez, 2019, p. 7).

El territorio determina el lugar de producción de la enunciación. La colonialidad del territorio se define en la representación de la vida individual y colectiva de los pueblos, expresada en las maneras de hacer la cotidianidad que en su trama de relaciones intersubjetivas constituyen la identidad de la nación, sus mentalidades e imaginarios sobre la territorialidad, la soberanía y la vida independiente. Esta orientación apunta a la formación fenomenológica de la conciencia histórica sobre el territorio como un saber producido desde la dominación y la explotación, en la que se reproducen esquemas mentales coordinadores de las prácticas de significación y que encuentran en la cotidianidad un emplazamiento que les asegura reproductibilidad y perdurabilidad.

La colonialidad del territorio implica, además de las acciones injerencistas sobre tierras ajenas, los saberes y prácticas reproductoras de las hegemonías de la dominación en la vida de los pueblos, creando estilos de vida dependientes, alienados y sometidos a la ilusoria narrativa del bienestar, la paz y la globalizada democracia promulgada por el imperialismo capitalista. Un territorio no puede ser conquistado sin un aparato ideológico y cultural que penetre la subjetividad colectiva de esa localidad, a fin de erradicar el imaginario propio y originario, y en su lugar impulsar un esquema de racionalidad, primeramente homogéneo y universal, pero también que permita experimentar una sensación de bienestar e inclusión socio-cultural para llegar a ser un cuerpo de la nación mundial (cfr. Echeverría, 2011; Sassen, 2007; Berman, 2007).

En esta línea de pensamiento, la territorialidad ocurre por efectos de la transformación material de las propiedades naturales del suelo para el bienestar de sus habitantes, mediante el uso de herramientas sociales y productivas orientadas a satisfacer las necesidades individuales y colectivas de las cuales se forman organizaciones sociales que se apropian de las bondades de su tierra. La



territorialidad representa la lugaridad de las identidades, en tanto profundiza sobre la

[...]relevancia del territorio y de la colonialidad como una fórmula de contextualización sobre las realidades económicas, políticas, históricas, sociales y culturales de los pueblos latinoamericanos (...), en el escenario histórico-epistemológico desarrollado en torno a la radicalización de la dependencia y la servidumbre [que han estado] ancladas al imaginario latinoamericano (Pérez Jiménez, 2019, p. 6).

En palabras de Porto-Gonçalves (2009), la territorialidad expresa la manera cómo se enseñan y se forman identidades a partir del proceso de apropiación del territorio como un espacio específico en el plano de la representación mundial. Devela la categorización semiótica de una práctica de significación material y simbólica que no puede ser explicada de la manera en la que ocurre fuera de los límites del suelo que la enmarca, por tanto, el territorio y la territorialidad son constitutivos de relaciones de poder y de disputas por los centros hegemónicos globales.

Sin embargo, ante las diligencias imperialistas de instalar y reproducir un patrón cultural homogéneo, estandarizado y universal, los pueblos no han tenido otra opción que no sea la asimilación de la retórica de la modernidad-colonialidad, pues han estado obligados a asumir como propios los formatos y esquemas materiales y simbólicos euro-estadounidenses. Esta dinámica ha producido una deslocalización de la memoria y de la conciencia histórica e ideológica, un desconocimiento casi total de las historias y textualidades que informan sobre la formación originaria de los pueblos, dejando el espacio para la operatividad del ejercicio del poder imperialista sobre los territorios y las territorialidades latinoamericanas. Una clara ejemplificación se encuentra en la 'macdonalización' de la vida cotidiana, la cual no está solamente enfocada en la cultura de la velocidad y efectividad sino en la imposición de un modo de vida que aligera la responsabilidad y el compromiso con asuntos fundamentales, como la



alimentación, por ejemplo, pues reposan sobre principios políticos centrados en la rapidez y eficiencia mientras se alejan del reconocimiento del otro como persona.

Este argumento puede confrontarse con los planteamientos de Mignolo (2003) relativos a la *diferencia colonial*, para quien la evidencia histórica pervive en la memoria colectiva de los pueblos y resiste las imposiciones de ese otro-imperialista-conquistador, quien con renovadas fachadas, globalizadoras y financieras, continúa profundizando la *herida colonial* alojada en los cuerpos-territorialidades que pueblan nuestra-América. La colonialidad del territorio como emplazamiento de la diferencia colonial, se puede entender como la espacialidad en la que “las historias locales que están inventando y haciendo reales los diseños globales se encuentran con aquellas historias locales que los reciben” (p. 8), por lo que se concluye en una interpretación semiótica de la colonialidad y su facultad de producir un encuentro de modos de representar el mundo que, incluso, pueden y han llegado a confrontaciones bélicas. En este sentido, la colonialidad de la geopolítica se funda en bases simbólico-interpretativas para asegurar los logros de sus propósitos,

[...]afinando detalles para el mantenimiento histórico de la hegemonía de la normalización universal de las identidades, las ciudadanía, los derechos y las libertades, ello sobre la base de ‘pactos y alianzas’ de cooperación para el desarrollo de las crecientes naciones americanas; [por lo que], se hizo sumamente necesario educar las masas, educarlas para la subalternización, la servidumbre y la acción industriosa (Pérez Jiménez, 2019, p. 22).

La colonialidad como anclaje en el pensamiento latinoamericano apunta a develar las estructuras de dominación, explotación y racismo constitutivas del Estado-nación, pues su transcurrir histórico-epistemológico no sólo enfoca la discusión y la crítica sobre la lógica de la modernidad, sino que profundiza en la interpretación y el análisis de las consecuencias y alternativas posibles emergentes en los pueblos del Sur Global. Sobre la base de la matriz colonial se ha naturalizado e institucionalizado un *racismo de Estado* conducido hacia la



exclusión, la acentuación de la diferencia y la discriminación y a la sobreexplotación laboral, creando procesos sociales del trabajo que acentúan la diferencia colonial en virtud de acumular grandes capitales, radicados en las geografías de la centralidad (cfr. Quijano, 2007; Sassen, 2007; Mignolo, 2007).

Para Sassen (2007), estas geografías de la centralidad operan como espacios donde se renueva y reinstala la colonialidad, al tiempo que profundizan la narrativa de la reterritorialización desde la otredad, una otredad determinada por sus migraciones y características étnicas. Surgen otras formas de desplazamientos sociales, de confinamientos teledirigidos por una maquinaria que dinamiza la separación del territorio propio, formando sujetos que viven como si fueran extranjeros en sus tierras natales, agigantando los pasos hacia la desterritorialización de las naciones y los pueblos.

Hoy día se experimenta una exacerbación de la transnacionalización de las fuerzas de producción, se desplaza el territorio para anclarse al ciberespacio como lugar de enunciación de subjetividades controladas por dispositivos financieros y económicos, rectores del orden mundial manifiesto en las ciudades globales. Estas subjetividades, imbuidas en nuevas lógicas de identidades y lealtades, conforman las masas sometidas producidas por la colonialidad del territorio en la era de la globalización, constituyen el cuerpo de actores requeridos para mantener en marcha la explotación y la dominación histórico-cultural de los territorios periféricos dependientes. Son estos cuerpos subjetivados sobre quienes recae “la política de identidad totalizadora [pertenciente] al paradigma que utiliza la identidad para jerarquizar y excluir” (Mignolo, 2007, p. 161). Es decir, para radicalizar la constitución del racismo de Estado conductor de la geopolítica vigente, incluso en estos tiempos de pandemia mediatizados por la fuerza de la (des)información, la (in)comunicación masiva y la batalla financiera dada entre grandes potencias para comandar el rumbo del nuevo orden mundial, donde la salud humana queda supeditada a los intereses del capitalismo y las nuevas maneras de disputarse el poder sobre la vida y la naturaleza.



#### 4. POR UNA DECOLONIZACIÓN CRÍTICA Y CONSCIENTE DE LAS TERRITORIALIDADES LATINOAMERICANAS

Los trazos de la geopolítica están centrados en la matriz colonial del poder desde donde emergen las hegemonías dominantes, esas que se iniciaron con la conquista de territorio ajeno y produjeron la estructura político-cultural orientadora de modos de vida apegados a la lógica de la subalternidad. Esas formas hegemónicas tienen como eje transversal el fortalecimiento de las relaciones de poder bajo un esquema plagado de asimetrías, discriminaciones, exclusiones y explotación de la naturaleza y de la humanidad, y hoy se dibujan sus trazos en las redes globales de los Estados financieros de la economía mundial.

Consecuentemente, el modelo geopolítico imperante, sustantivamente imperialista, enfatiza la constitución del Estado-red global (Formento y Merino, 2016) y concentra sus acciones oligopólicas sobre “lo tecnológico, el control de los mercados financieros mundiales, el acceso oligopólico a los recursos naturales del planeta, el de los medios de comunicación y, por último, el de las armas de destrucción masiva” (Boron, 2013, p. 34). En tanto, su morfología muestra las ciudades-centro y las ciudades-periféricas como el emplazamiento para la consecución de los objetivos estratégicos definidos desde el ámbito estrictamente financiero y militar.

Las tácticas imperialistas se han acentuado sobre el fortalecimiento de la capacidad financiera que se puede obtener de los territorios conquistados, específicamente, las prácticas de dominación están centradas en la explotación sistemática de los recursos naturales de esos suelos a favor de los propósitos de producción y manufactura de los grandes capitales, y para lograr esta empresa, es menester contar con una conciencia plagada de ambiciones desmedidas licenciada para invisibilizar las necesidades de los otros habitantes de esos pueblos ultrajados, sin tener el mínimo compromiso ético con la dignidad humana. Dussel (1998) en su recorrido por la filosofía latinoamericana de la liberación, advierte sobre las dinámicas y consecuencias de la globalización imperialista mediante un exhaustivo análisis de este fenómeno en la conciencia-existencia de



los pueblos nuestro-americanos. La certidumbre de la globalización sobre la conformación de las subjetividades locales permite diseñar la estructuración de ciudadanías globales congregando gente que desea, aspira y logra ser parte de lo global sacrificando sus raíces locales; gente que ‘no’ percibe los costos humanos implicados en el pago de la membresía en la aldea global.

En la ‘era de la globalización’, el *ethos* global se presupone como un discurso del bien, que organiza la norma de lo común universal, y “es desde la norma, acto, microestructura, institución o sistema de eticidad “buenos” que, por contradicción radical (...), se causan no-intencionalmente y de manera inevitable: víctimas, efectos de dicho “bien” (Dussel, 1998, pp. 12-13, comillas en el original). Más allá de las eticidades materiales y formales morales, Dussel explica la génesis de las víctimas en el seno del capitalismo, en tanto éste actúa como “mediación de explotación y acumulación (efecto del sistema-mundo), se transforma después en un *sistema formal independiente* que, desde su propia lógica autorreferencial y autopoietica, puede destruir la vida humana en todo el planeta” (p. 62, cursivas en el original). Dicho de otro modo, se trata de los límites propios del sistema-mundo globalizador bosquejados al excluir al Otro, “que resiste y desde cuya afirmación parte el proceso de negación de la crítica de la liberación” (p.66).

La formación de las víctimas conlleva el condicionamiento material, objetivo y subjetivo de las maneras de hacer conscientes el territorio y las territorialidades, una vez que los discursos globales-financieros del consolidado sistema-mundo apuntan a la separación y el desarraigo de las personas de sus suelos natales mediante procesos migratorios inducidos, pero también por la desterritorialización de los procesos sociales del trabajo confinados al espacio doméstico de la vida cotidiana frente a un sistema informático que actúa como el ojo observador del ‘gran hermano’.

El propósito central de esta acción es la dominación para la explotación del territorio, sobre todo de la región latinoamericana, que alberga una cantidad inestimable de recursos naturales necesarios para el óptimo desempeño de la



industria capitalista y, en consecuencia, beneficioso para la acumulación de capitales financieros. Incluso, sobre este particular coinciden tanto los filósofos latinoamericanistas como los críticos de la globalización y su 'nueva faceta' financiera y economicista; a la larga, tales víctimas llegan a constituir e instituir un conglomerado de sujetos políticos carentes de poder pero necesarios para organizar la morfología de las ciudades globales y periféricas, así como para favorecer la internacionalización del capital como característica de la mundialización actual (Sassen, 2007).

La fuerza del crecimiento exponencial de la globalización ha apuntado a la consolidación del capitalismo, y en la actualidad acontece uno de los espectáculos más depredadores y violentos vividos por la humanidad planetaria. Se trata de esa forma suave y silente de aniquilar las subjetividades individuales y colectivas de los pueblos americanos con el firme objetivo de salvaguardar el orden mundial establecido desde las mismas cúpulas del poder global-financiero. Existimos en un mundo donde las posibilidades de producir espacios de convivencia diversa y plural siguen enquistados a una visión de bipolaridad política que produce narrativas socio-culturales destinadas a la hegemonización de la vida cotidiana, lo cual se agrava con la presencia de la pandemia y la concomitante posibilidad de salvación colocada en manos de unos sectores industriales dedicados a la ciencia para producir una vacuna que, sin duda, nos hará más efectivos para el giro del orden mundial sustentado en el capitalismo financiero, hoy con acentuados rasgos anatomo-y-bio-políticos.

Bien lo plantea Dussel y vale la pena recapitular inmediatamente sobre ello, pues el orden global es productor de víctimas requeridas para profundizar los proyectos imperialistas de un poco menos de diez naciones del mundo auto-consagradas como las potencias dominadoras del sistema mundial, resultado de la continua idealización de los esquemas científicos dominantes en la interpretación de la geopolítica. Mientras se profundiza la red mundial de ciudades globales, la herida colonial se amplía y se radicaliza, aumenta el racismo de Estado a la vez que se reinstala el saber de la modernidad-colonialidad mediado



por dispositivos de avanzada tecnología, conduciendo a los pueblos a una forma de colonialismo interno y de dependencia imperial desde el cual sólo se logra ver el efecto ilusorio de una realidad enrumada a la separación del cuerpo de su territorio, a la invisibilidad de las territorialidades (cfr. Mignolo, 2007; Dussel, 1998; Zavala, 2005).

Sin duda el sentido de la americanidad desde la perspectiva del análisis del sistema-mundo, expuesto por Quijano y Wallerstein (1992), se vuelve frágil y vulnerable ante la concertación pautada por las élites de la dominación hegemónica para controlar los territorios, las territorialidades y los cuerpos subjetivados de las regiones del planeta considerados como desfavorecidas por el desarrollo económico, socio-político y cultural que identifica la cosmogonía de la vida financiera global. Así se evidencian los incluidos y los excluidos, esa masa humana que permanece en sus territorios construyendo la vida de otras gentes de otros territorios, fomentando la representación de una formación de trans-territorialidad donde se interrumpe el ejercicio legítimo de los derechos y deberes originarios como garantía de que los propios de las élites financieras no sean alterados ni vulnerados.

Este mapa de situaciones complejiza los retos y desafíos de la decolonización de la territorialidad, antepone problematizaciones inaplazables no en la discusión histórico-epistemológica sobre la que se funda la modernidad-colonialidad, sino en el plano de la acción concreta transformadora y liberadora desde una perspectiva dialógica fronteriza asentada en la formación de la conciencia histórica, política y social de los pueblos. Esta idea requiere asimilar herramientas concretas para dilucidar las irrupciones globales de la colonialidad en su expresión financiera explotadora y dominadora, a la vez que permite identificar las formas de la reproducción de la hegemonía y las posibilidades de fracturar esas maneras desde el reconocimiento y ejercicio de la autodeterminación popular.

Lo que significó el ejemplo ontológico de Bartolomé de Las Casas en su encuentro humano con los pobladores originarios, o el de Guaman Poma de Ayala



como originario, interpretado como *pensamiento fronterizo*, puede ser considerado como un recurso analítico y estratégico para la conciliación entre los territorios y sus pueblos a partir del reconocimiento y la valoración de su propia historia como anclaje para ir más allá de la colonialidad de la modernidad (v. Mignolo, 2003). Esto presupone que pensar la otredad desde el lugar propio de enunciación connota y denota la revelación de la estructura epistemológica, propiamente científico-racional, sustantiva de la modernidad-colonialidad, y representa lo que creemos, puede estimular “las vías posibles de constante liberación y emancipación de las estructuras de explotación y dominación” (Ibíd., p. 28), asumidas desde “un análisis de la geopolítica del conocimiento, la cual es paralela a la geopolítica de la economía” (Ibíd., p. 29), y también es recíproca con la geopolítica militar con la cual los gobiernos estadounidenses, en su tradición monroista, intentan socavar las independencias y soberanías de los pueblos americanos.

Los retos planteados en este recorrido argumentativo que apunta hacia la necesidad de la decolonialidad de las territorialidades latinoamericanas, buscan interpelar el giro decolonial de cara a profundizar su comprensión en el plano concreto de la vida globalizada y mediada por las corporaciones financieras, comunicacionales y militares que dirigen las riendas de los Estado-naciones alineados con la colonialidad del poder; es decir, aquellos gobiernos y actores económicos y sociales que continúan viendo en las periferias sus oportunidades de expansión y crecimiento, sin lugar a remordimientos ni conflictos éticos y morales de ninguna índole. A la par se generan espacios-problematizadores de y sobre la colonialidad, útiles para emprender una misión decolonial como brújula de la lucha intelectual e ideológica por la emancipación y la liberación, también para “la lucha política entendida como un problema histórico-epistemológico de agencia y resistencia emplazada en las subjetividades según las cuales se construyen nociones de identidad [orientadas a] cuestionar las andanzas políticas del estado hegemónico” (Pérez Jiménez, 2012a, p. 33).



El llamado es a fundar una lucha decolonial de las territorialidades a partir la resignificación de la auto-representación de los pueblos nuestro-americanos como defensores y garantes de la integralidad de sus territorios y sus territorialidades, y como cuerpos altisonantes comprometidos con el desarraigo de la modernidad como cumbre del proyecto civilizatorio mundial, acompasado de la verbigracia del desarrollo, la modernización y la dependencia que, en su momento histórico, sirvieron para consolidar las mentalidades dependientes latinoamericanas al proyecto imperialista presente permanentemente en la agenda político-militar estadounidense.

Boron (2013), refiriéndose al mapa de Peters, arguye sobre el valor semiótico de esta representación su sentido indicial de la respuesta decolonial de la geografía, extraída de su nicho científico, pues constituye “una imagen del planeta que (...), reflejaba el enorme potencial de los pueblos sometidos a siglos de expoliación colonial y que redimensionaba, reduciéndolos a sus justas proporciones, los territorios de las potencias colonialistas agigantadas por la proyección de Mercator” (p. 321). Sin embargo, la proyección de Peters sobre la geografía mundial, planteada en 1974, evidencia la preservación de la equivalencia de las superficies de los territorios, así como la vindicación de las representaciones cartográficas de los territorios invisibilizados en la proyección de Mercator; se tiene que el mapa de Peters constituye un giro en el contexto geopolítico, giro destinado a la clarificación de las representaciones geográficas de los territorios del mundo y a la promoción de una ruptura con el ideal europeo relativo a la superioridad territorial y política de occidente sobre el resto de las naciones.

Decolonizar las territorialidades implica el reconocimiento y la resignificación de la tierra que vivimos, sus historias y su valor representado en la cotidianidad ancestral y actual, conlleva además la desarticulación de diferentes campos de dominación hegemónica naturalizados en la ciencia moderno-colonial, entre esas la geografía, la geopolítica, porque pensar la colonialidad del territorio es asumir la coexistencia de ésta con la colonialidad del ser-y-saber.



En este sentido, nuestra tarea se complejiza debido a la prioridad que reviste la *des*racialización del Estado. Si antes no se confrontan los estamentos del racismo de Estado, probablemente la decolonización de las territorialidades se limite a ser un panfleto político de algún movimiento social o de alguna intención partidista política ansiosa de ganar adeptos para sus filas.

La reflexión apunta a la necesidad de re-formar al pueblo sobre la base de la revisión de los errores y engaños a los que fueron sometidos históricamente sobre la realidad de los procesos de independencia, y cómo llegaron a convertirse en dependientes de sistemas tan iguales o menos iguales que los políticos y sociales propios. Para ello, es imperante “desvincularnos de la monocultura mental para construir un nuevo mundo en el que tienen cabida muchos mundos” (Mignolo, 2007, p. 160), pero también es necesario decolonizar la geografía y la geopolítica del conocimiento corporizada en la herida colonial, aquella brecha epistémica y ontológica que fractura la relación entre los pueblos, sus tierras y sus historias pero que actualmente trabajan ideológica e intelectualmente por transformar los enfoques culturales con los cuales se ha edificado la hegemonía estadounidense, otrora la inglesa, o la hispánica. La acción decolonial debe enrumbarse por la radicalización de la recuperación de la memoria histórica y cultural de los pueblos originarios, llenando de contenidos pedagógicos los espacios de enseñanza ganados a la comprensión del proyecto decolonial como la opción para la formación de una actitud liberadora.

Una educación decolonial debe implicar la reterritorialización de la historia desde los saberes sociales-populares, desde las corporalidades subjetivadas creadoras y reproductoras de las memorias locales, para resignificar el territorio en sus dimensiones ontológicas y epistemológicas, desanclándolo del encierro científico al que se han sometido las representaciones y las mentalidades que los pueblos fueron acopiando a lo largo de su formación social y cultural. Es también propósito de una educación decolonizadora de las territorialidades, develar las deudas histórico-políticas que los pueblos contrajeron por efecto de las imposiciones jurídicas coloniales desde los inicios de la trayectoria de la



modernidad-colonialidad. Esta propuesta implica compromisos sociales de los pueblos, sustentados en una actitud flexible y crítica que se convierta en una forma de “educar para la democracia como forma de convivencia y como laboratorio de acción social” (Pérez Jiménez, 2012b, p. 337), de una democracia inclusiva, participativa y protagónica, promotora de la autodeterminación nacional, donde exista un cuerpo teórico vinculado directamente con la práctica y sea coherente “con nuestros contextos históricos sociales y los escenarios políticos que conjuntamente construimos” (Pérez Jiménez, 2012b, p. 337).

Nuestra idea sobre la decolonización de las territorialidades conlleva vínculos directos con la crítica de la cultura hegemónica, esperando que sirva para reestablecer las correlaciones de fuerzas que demanda la lucha permanente contra las imposiciones imperialistas que aún recaen sobre los pueblos norteamericanos. La bitácora decolonizadora del territorio apunta hacia la creación de agendas sociales y políticas en las que se examinen las bases científicas de las mentalidades dependientes instaladas en los cuerpos subjetivos, pero en correspondencia con los acontecimientos históricos determinantes de la producción hegemónica de la modernidad-colonialidad.

La decolonización del ser-saber es una acción medular en la transformación de los pueblos hacia la liberación y la autodeterminación. La reformulación de esquemas mentales sobre las raíces históricas de nuestras actualidades en medio de la vorágine globalizadora-financiera constituyen la pieza angular de este camino, una vez que el reconocimiento de pertenecer a un espacio fabril mundializado nos permitiría ubicarnos en la crítica de la explotación, la dominación y el racismo que han infectado las cotidianidades latinoamericanas. Esta posibilidad facilitará el trazado de metodologías que permitan re-crear los esquemas geopolíticos desde las bases sociales y los hechos que traducen las imposiciones hegemónicas sobre los pueblos.

Se trata de resaltar aquellos aspectos esenciales para la discusión reflexiva y crítica relacionados con los procesos sociales del trabajo, la participación de las mujeres, adultos mayores, niños, niñas y adolescentes en la trama cultural donde



se deben reelaborar los significados de la interculturalidad. Así mismo, el espacio de las luchas sociales por las territorialidades debe facturarse desde las experiencias obreras, campesinas, académicas, tecnológicas, domésticas, que conforman la masa histórica primigenia de tales luchas. El camino es por la vía del comunitarismo de Estado, esa forma originaria de ser cotidianos que enarbolaron los ancestros y antepasados ante la llegada de los conquistadores con su plan mercenario de despojo y violencia sistemática para con los congéneres, la cual significó la victoria de las independencias administrativas pero que hoy demandan la batalla por las independencias de las mentalidades.

## 5. ¿TERRITORIALIDADES PARA UNA NUEVA FORMA DE CONVIVENCIA?

Es imposible culminar una discusión como ésta, forjada en estos tiempos de incertidumbres globales que determinan las formas de vida de los pueblos del mundo, sin detenerse en las dinámicas políticas, económicas y sanitarias que están transformando las relaciones globales con respecto a las territorialidades en Latinoamérica. El surgimiento de la pandemia por Covid-19 desde principios del año 2020 ha redimensionado el curso actual de los hechos geopolíticos que se disputan el tutelaje de los territorios nacionales, especialmente en el contexto de aquellas formas de territorialización que trascienden la materialidad concreta de la nación y se proyectan como una nueva forma de espacialidad y temporalidad, apuntando sin duda, a la desterritorialización de las naciones menos poderosas.

Este proceso conlleva un replanteamiento de las fronteras otrora establecidas desde la ciencia moderno-colonial, producto de enfrentamientos entre naciones en muchos casos, y hoy instituidas desde la lógica financiera del capitalismo global. Este escenario promueve el engrosamiento de las dominaciones sobre diversos aspectos de la vida cotidiana, siendo aquellos relacionados con la educación, el trabajo y la salud los de mayor afectación, primeramente, por los estragos de la pandemia y, consecuentemente, por la reestructuración de las correlaciones de fuerzas entre los actores políticos y económicos que lideran el escenario geopolítico hegemónico a favor de la



capitalización de las subjetividades que pueblan las naciones menos favorecidas en los esquemas del desarrollo y el progreso global.

En esta perspectiva, aumentan las exclusiones, explotaciones y asimetrías concebidas desde la lógica de los poderes de la dominación, mientras el mundo enfrenta una dura batalla por la preservación de la salud y la vida. Las cifras de infecciones, enfermos y decesos causado por el Covid-19 no dejan de ser alarmantes dada la velocidad y agresividad con la que actúa este enemigo invisible; las políticas públicas en materia de bioseguridad, prevención y contención desarrolladas en el mundo continúan a expensas de la inspiración económica y política de los gobiernos nacionales. Es decir, cada nación ha determinado cuales son los mecanismos más adecuados para enfrentar la pandemia, por lo que es meritorio destacar los desafíos sugeridos por la fabricación de una vacuna que sea distribuida equitativamente con base a principios de justicia social, orientados a minimizar las víctimas producidas por las políticas financieras globales que están detrás de la innovación farmacéutica.

La mayoría de los sectores de la vida productiva de las naciones se ha visto afectada por la presencia de este flagelo, lo cual no deja lugar a dudas con respecto a los desafíos y los retos que están por venir al asumir como válida una nueva normalidad, particularmente en el contexto en el que emergen nuevos actores económicos y políticos, así como nuevas formas de negociaciones. En todo caso, se espera que ésta sea una nueva normalidad que responda a los intereses sociales y políticos de los pueblos, capaz de fortalecer los principios éticos y morales según los cuales se preserve la vida humana y natural. Sin embargo, los hechos establecen nuevos escenarios para las disputas del poder en materia de salud, educación y trabajo a la vez que las dinámicas globales continúan intactas en su recorrido hacia la reformulación del patrón bipolar para afrontar una dinámica multipolar, pero que sigue siendo suscrita por los poderes de las naciones que emergen en el escenario geopolítico con sus estrategias financieras.



En este contexto las discusiones sobre las territorialidades en Latinoamérica adquieren un nuevo matiz destinado a superar la hegemonía euro-estadounidense mediante estrategias y operaciones dirigidas a salvaguardar los bienes más preciados de sus naciones: la soberanía territorial y la autodeterminación de los pueblos. Estas discusiones deben circular en torno a la necesidad de recapitular sobre la formación y de-formación de las matrices ideológicas orientadas a legitimar la opresión y dominación, así como a pensar los pueblos desde sus libertades y soberanías en el contexto que los ubica como estados-nacionales. Estos debates, inaplazables en estos momentos, deben indagar sobre las posibilidades de contrarrestar las dominaciones hegemónicas teniendo en cuenta los desarrollos globales que continúan invadiendo los territorios latinoamericanos y desplazando las identidades y ciudadanías locales para, en su lugar, continuar profundizando en la idea de fortalecer la ‘aldea global’ como proyecto geopolítico hegemónico.

La actualidad es oportuna para repensar las posibilidades y oportunidades para construir nuevas formas de convivencia basada en principios de apoyo, cooperación y cercanía social entre pueblos hermanados por un territorio que ha vivido larga y duramente los embates de las formas imperialistas del capitalismo global. Es momento de pactar por la unión de los pueblos en clave de autodeterminación y respeto mutuo, consagrar la vida humana al reencuentro de naciones a partir del reconocimiento de los territorios nacionales como parte de un sistema político integrado en propósitos comunes y compartidos, estos a favor de la fundación de formaciones sociales, económicas y políticas destinadas a promover la multipolaridad como estrategia global. Es urgente pensar en las territorialidades necesarias para las nuevas formas de convivencia basadas en libertades, derechos y justicia social para la inclusión colectiva.



## Notas

1. Este trabajo es producto de las reflexiones surgidas en torno a la comprensión de la relación entre Estado liberal, desarrollo y gubernamentalidad desarrollado por su autor en la línea de investigación “Representaciones, actores sociales y espacios de poder” adscrita a la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia, así como en el Programa de Investigación “Socioestética del espacio y de la vida urbana” adscrito a la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad del Zulia. Así mismo, estas reflexiones surgen de los procesos formativos del Centro de Investigación en Economía y Política (CIEPE) de Argentina.

## Bibliografía

- Ardao, A. (1980). *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos – Ministerio de la Secretaría de la Presidencia de la República.
- Barcia Trelles. C. (1931). *Doctrina de Monroe y cooperación internacional*, 1ª edición. Editorial Mundo Latino.
- Berman, M. (2007). *El crepúsculo de la cultura americana* (3ª ed.). Editorial Sexto Piso.
- Boron, A. (2013). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura.
- Brito Figueroa, F. (1973). *El problema tierra y esclavos en la historia de Venezuela*. Edición de la Asamblea Legislativa del Estado Aragua.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Dallanegra, L. (2010). Teoría y metodología de la geopolítica. Hacia una geopolítica de la “construcción de poder”. *Revista Mexicana de Ciencias*



*Políticas y Sociales*. Vol. 52. N° 210. 15-42.  
<http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2010.210.25972>

- Dussel, E. (1994). 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “mito de la Modernidad”*. Plural Editores.
- Dussel, E. (1998). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión* (2ª edición). Editorial Trotta.
- Echeverría, B. (2011). La “modernidad americana” (claves para su comprensión). En Echeverría, B. (comp.): *La americanización de la modernidad* (pp. 17-50). Ediciones Era / Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones sobre América del Norte.
- Formento, W. y Merino, G. (2016). *Crisis financiera global. Lucha por la configuración del orden mundial*. Peña Lillo, Ediciones Continente.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población* (Horacio Pons, Trad.; 1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Lacoste, Y. (2009). *Geopolítica. La larga historia del presente*. Editorial Síntesis.
- Martínez, R. (2015). *De Bolívar a Dulles. El panamericanismo, doctrina y práctica imperialista*. Fundación El perro y la rana.
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales-Diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Akal.
- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa Editorial.
- O’Gorman, E. (1995). *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir* (4ª reimp., 1ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Pérez Jiménez, C. (2012a). Entre la idea de América Latina (de W. Mignolo) y los estudios culturales latinoamericanos: implicaciones para el marco político venezolano. *Cuadernos Latinoamericanos*. Año 23. N° 48. 9-38.
- Pérez Jiménez, C. (2012b). Pensar un proyecto decolonial: la educación venezolana en perspectiva. *Ra-Ximhai*. Vol. 8, N° 2, 307-344.



- Pérez Jiménez, C. (2019). Una crítica a la investigación del pensamiento latinoamericano. *Humanidades. Revista de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica*. Volumen 9. Número 1. 1-46. <https://doi.org/10.15517/h.v9i1.35345>
- Porto-Goncalves, C.W. (2009). *Territorialidades y lucha por el territorio en América Latina. Geografía de los movimientos sociales en América Latina*. Ediciones IVIC.
- Quijano, A. y Wallerstein, I. (1992). La americanidad como concepto o, América en el moderno sistema mundial. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. 134, 583-59.
- Sassen, S. (2007). La ciudad global: emplazamiento estratégico, nueva frontera. [https://img.macba.cat/public/PDFs/saskia\\_sassen\\_manolo\\_laguillo\\_cas.pdf](https://img.macba.cat/public/PDFs/saskia_sassen_manolo_laguillo_cas.pdf)
- Zavala, S. (2005). *Filosofía de la conquista y otros textos*. Fundación Biblioteca Ayacucho.

